



Carlos Pazos

Interrogantes suspendidos o Déjà vu?

14.03.2020 – 23.05.2020

ADN Galeria celebra el 50 aniversario como artista de Carlos Pazos (Barcelona, 1949) con una exposición individual que rememora su recorrido vital como artista.

- Artista inclasificable por excelencia, reconocido con el Premio Nacional de Artes Plásticas en 2004, su trayectoria profesional establece un recorrido por diversos lugares, entre ellos Barcelona, Colliure, Nueva York o París.
- La exposición *Interrogantes suspendidos o Déjà vu?* traza una senda uniendo en zig zag pasado y presente. No se trata de una retrospectiva, sino de un ir y venir por momentos decisivos, tanto de su vida como de sus dudas. Una exposición construida por evocaciones, con trabajos del presente y balbuceos iniciales, en un ejercicio de recuperación en el que se proponen piezas que pudieron ser.
- El 14 de marzo, coincidiendo con la inauguración, el artista presentará su último libro "Filigranas y Mamporros" acompañado del escritor Jordi Puntí.

14 de marzo de 2020 - *Interrogantes suspendidos o Déjà vu?* es la segunda exposición individual de Carlos Pazos que se presenta en ADN Galería.

Carlos Pazos es un artista pop sin ortodoxia, que se inscribe en una tradición de arte objetual. Galardonado con el Premio Nacional de Artes Plásticas en 2004, ha desarrollado una carrera en solitario, al margen de las corrientes predominantes en el arte español de la segunda mitad del siglo XX. Siempre marcado por el deseo de diferenciarse, por las ansias de ruptura no sólo con el pasado próximo sino también con el espíritu de su propia época, Pazos ha creado una obra inclasificable, fuera de formato, que gira en torno a la autoficción, la melancolía activa, la erudición y la cultura pop.

A medio camino entre estrella del rock y dandy trasnochado, el joven Carlos Pazos optó por tomar la dirección contraria, buscando en el arte una forma de dedicación a lo inútil. El arte de Carlos Pazos es el de crear personajes que él mismo encarna. Personajes que viven en escenarios literarios o cinematográficos con los que el artista se libera de su propia existencia y se permite experimentar, aunque sólo sea por unos momentos, viviendo otras vidas. Son pequeñas historias fragmentadas que se acumulan en un flujo temporal indefinido y que hacen de la experiencia anónima un relato colectivo.

Su carácter multidisciplinar, ajeno a los límites entre alta y baja cultura, cuestiona las ideas preconcebidas sobre el buen gusto y busca la complicidad del espectador que se sitúa frente a la pieza sin necesidad de construir discursos teóricos.

Muchas de las obras que aquí se presentan nos muestran al autor como coleccionista, como recolector de los objetos en desuso que se acumulan en los mercadillos de segunda mano. El artista rescata estos objetos y les ofrece una



Carlos Pazos, *Absinthe Absente*, 2010

segunda vida como atrezzo para alguno de sus personajes ficticios. Objetos de la cultura pop que nos remiten a la nostalgia de un pasado no vivido o que perdimos en la infancia. Creando un clima emocional a partir de la minuciosa presentación de objetos, la obra de Carlos Pazos nos habla de la fugacidad del tiempo y de la vida.

En esta exposición, en la que se huye de la cronología, se muestran obras de diferentes épocas y temáticas que evidencian el carácter circular y abierto de la obra de Pazos. Videos, fotografías, piezas climáticas y objetos rememoran el recorrido del artista en los últimos 50 años. Ese camino lo ha llevado a trabajar y exponer en importantes centros culturales en Barcelona, Madrid, París, Nueva York, Bruselas o La Habana.

Interrogantes suspendidos o Déjà vu?

por Carlos Pazos

El 3 de enero de 1970 inauguré mi primera exposición en un lugar de aquellos a los que la gente iba de paseo y, de paso, a ver arte. Fue en la sala de exposiciones del Ateneo barcelonés. Acababa de cumplir veinte años. Si la edad no me impide sumar o restar correctamente, llevo en este berenjenal 50 años y los que anduve a gatas. Y al decir esto me refiero a un par de años durante los cuales compaginé mis estudios de arquitectura con la dedicación al dibujo, la fotografía, el collage y el cine. Medio a oscuras y encubierto, lleno de inquietud y desasosiego, pero al mismo tiempo, con gran intensidad en la entrega, en un intento vacilante de encontrar un equilibrio imposible. Tuve que optar por tomar una decisión drástica.



Carlos Pazos, *Como una rata zurcía canciones de amor en el desván*, 2002

Poco me cuesta la ensoñación y tengo tendencia a hurgar en el calendario el drama de la memoria, sin dar importancia alguna a su frescura, a su flamante apariencia en el recuerdo. Afortunadamente, el arte no cuestiona ni la fidelidad al almanaque, ni la fiabilidad de las remembranzas.

Al plantear esta exposición, tomando como pretexto el aniversario y haciendo caso omiso a la urticaria que suelen producirme las celebraciones, decidí mirar atrás una vez más y forzarme a poner en solfa algunas evocaciones. Aquellas que insistentemente rondan por mi cabeza, a pesar de los intentos de evitarlo.

Fui un adolescente empeñado en ser Peter Pan disfrazado de Elvis Presley. Abandoné la idea de dedicarme al rock and roll, convencido de mi escaso talento para esa sublime materia. Mi voluntad para emprender cualquier actividad que condujera a un comportamiento funcional era más que escasa. Por lo menos no tener la sensación de dedicarme a algo que respondiera a la concepción de trabajo. Me gustaba

la compañía del dinero, pero nunca hice ningún esfuerzo por conseguir su amistad. Brumosa disposición que anticipaba mi comunión con las palabras de Baudelaire: "Ser un hombre útil siempre me ha parecido odiable".

Empecé una "carrera" sin convencimiento, puesto que esa deriva culminaba inevitablemente en la terrible consecuencia de ser un "hombre". Un adulto que llevaría toda la vida una vida; una sola vida.

Tenía que ganar tiempo y para ello, aunque parezca una contradicción, darle tiempo al tiempo. Mientras mis compañeros se preparaban con avidez y velocidad para afrontar una existencia pautada, yo intentaba retrasar a toda costa mi incorporación a sus filas.

Ya he contado que mi dedicación al arte no se decidió por azar, sino básicamente por eliminación. Un amigo suele decir que uno se dedica al arte por aburrimiento. A veces pienso que puede ser lo contrario; es decir, por afición al ocio. Sea como fuere, mis dudas y tachaduras se amontonaban en dos cuartos de los trastos en el terrado de la casa de mis padres. Pese a no compartir con agrado mis encierros taciturnos en busca de algo para ellos incomprensible, me permitieron que sin abandonar los estudios pasara largas horas en el escenario habilitado para mis balbuceos artísticos.

La escenografía era bastante lograda. Y mientras los chicos de mi edad dedicaban el tiempo libre a encontrar pareja para, en cuanto acabaran la carrera, formar una familia, yo pasaba mis tardes solitarias escuchando discos y fantaseando acerca de una bohemia que nunca llegaría a vivir pero que se reflejaba bien en los telones de fondo de aquellas cuatro paredes. Entonces todavía no sabía que el arte no resuelve la vida, ni siquiera alivia su dolor aunque eso sí, nos hace cierta compañía. No siempre grata.

Si había decidido dedicarme al arte o a las artes, no podía seguir dando tumbos y picotear en las palanganas de artistas y estilos que me gustaban y mucho menos contentarme con lo fácil y seguir el camino marcado por los mal llamados artistas cuyas actitudes y prácticas me parecían deleznales.

Y ahí se me planteaba una duda básica:
...Y YO, ¿QUÉ COÑO PINTO?

¡Situación difícil!



Carlos Pazos, *...y yo ¿qué coño pinto?* (detalle), 2012

¡Osada propuesta!

Los días, tardes y noches en que la duda amainaba, consiguiendo atravesar semanas y meses, me agarraba a hacer, escuchar, leer, abusar del tiempo que nunca sobraba: interrogantes suspendidos, preguntas sin respuesta. O si se prefiere, hipótesis descolgadas.



Carlos Pazos, *Entre paréntesis I*, 2019

Lo más importante para mi era no parecerme a nadie. En un ataque de sinceridad propio de la más ingenua juventud y atrevida ignorancia pretendía, además, ser moderno y "original" a cualquier precio.

Con poca base teórica, más intuición que preparación y escasas posibilidades de obtener información sobre lo que se cocía en Europa y en Estado Unidos, los resultados solían ser un híbrido decepcionante que ni reflejaban aspiraciones, ni resolvían mis preocupaciones, ni encajaban con mis propósitos.

Intentaba sortear las respuestas evidentes, manidas, de lectura fácil, unívocas y sino revolucionarias cuanto menos combativas, esgrimidas por algunos colegas.

Cuestionaba la cantinela de tachar de retiniano anti-revolucionario a quienes no seguían el juego de ciertos artistas oportunistas que acumulaban méritos para situarse en buen lugar cuando diera la vuelta la tortilla. Adoptaba una postura al margen, alérgica a la normativa. Me declaraba amante de la belleza, esteta perteneciente al grupo de los pecadores, de los sibaritas y de los futuristas trasnochados.

Me convertí, en ocasiones, en motivo de chanza para el grupo de los trabajadores panfletarios y conceptuales ortodoxos predicadores de la radicalidad anti-formalista que animaba su quehacer.

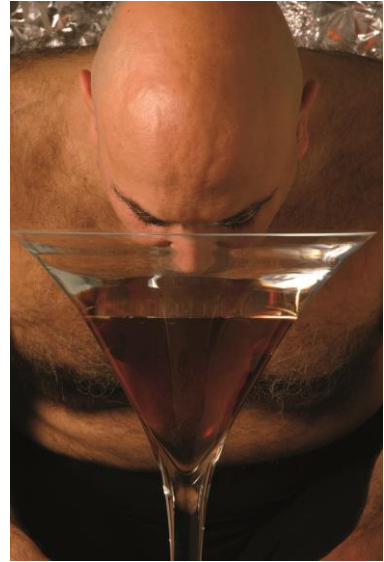
Puesto que tan cándidamente pretendía ser único, nada mejor que hurgar en las entretelas de mi yo, con la sensación ambivalente de encontrarme en la más absoluta soledad. A partir de 1974, insistí en hablar de mi. Contar aunque fuera de forma desbaratada mis afectos, fobias, deseos y anhelos, en un intento de afrontar el terror de la vida con el arma del ensimismamiento. Responder a mi propio encargo asignándome el papel social de "entertainer".

¿Cómo hacerlo?. En forma de capítulos aleatorios que representaran mi vida siguiendo las coloreadas propuestas de los tangos, los boleros, el rock and roll y las canciones de corte pop: **cosquillas fructíferas**. Mis sueños autobiográficos y los de casi todo el mundo.

Hoy esa decisión me parece entre osada y pedante, de descubridor de la sopa de ajo, puesto que en el fondo tal originalidad no era más que poner al día y a mi medida la máxima renacentista "Todo pintor se pinta a sí mismo". Tampoco había en mi decisión voluntad alguna de trascendencia freudiana. Cual dandy de manual, más bien tenía algo que ver con pasarse el día frente al espejo.

En cualquier caso, esa opción funcionó como motor de arranque.

A lo largo de los años he intentado mantener la actitud gamberra y auto-derrisoria que caracteriza los géneros musicales que usaba como patrones. Insistiendo siempre en referenciar sin rubricar, luchando empecinadamente contra el estilo y peleando por asegurar varios niveles de lectura. Con inciertos logros. Hoy más que nunca, con los años que llevo a mis espaldas, puedo seguir permitiéndome esa actitud pese a que puedan tacharme de ridículo. Ningún halago mayor que éste, pues considero que cargar de ridículo una actuación es parte del encanto del soñador. El ridículo es el comportamiento que puede resultar más desagradable a los bienpensantes, poco aficionados a la gimnasia intelectual que tiende a la abstracción, a la poesía impura, al ejercicio sin rendimiento visible.



Carlos Pazos, *Di vino, retrato del artista como esponja*, 2006

Finalmente quizás la respuesta al porqué de mi dedicación al arte sea la persistente voluntad de molestar y de cuestionar lo que se da por zanjado. A ese proceder, cuando se lleva a cabo sin pudor y con perseverancia lo denominan, posiblemente para seguir tranquilamente en la trinchera, hacer el ridículo.

Así pues, pensando que el futuro es una falacia y con el lujoso ánimo de fastidiar la hipócrita satisfacción de los que están al día, he puesto en solfa algunos guiños a ciertas prácticas de las vanguardias del siglo pasado.

Imaginando que me situaba en el inicio de mi andadura como artista, he realizado unas piezas que se me hubieran podido ocurrir en aquellos años. Si hubiera sido así, posiblemente habrían sido tachadas de torpe remedo, por evitar la palabra copia, de lo que se consideraba lo más osado. También posiblemente, esas "ocurrencias" habrían sido mejor aceptadas que las fantasías biográficas que entonces realizaba.

No hay que preocuparse. En el fondo, un crimen es igual hoy que hace cincuenta años.

Más información: [Dionisio Cañas, No le cuentes a Proust que cogí el metro](#) (Conversación con Carlos Pazos)